

# ASÍ FUE

Elena Huertas Menéndez

Mi Facultad tenía una gran escalinata en la entrada. Si te parabas en la parte inferior y mirabas la fachada, aún podías ver algún balazo perdido de cuando la guerra. Tenía tres puertas separadas por estatuas y estaba orientada al sur, por lo que el brillo blanco del mármol te cegaba durante los primeros tres segundos. Luego, poco a poco, recuperabas la visión y podías fijarte en los alumnos que, como tú, se paraban frente al edificio que les iba a albergar durante los próximos cinco, seis, o según la estadística, diez años de carrera.

Me fijé en el gran número de personas que integrábamos la fila frente a la secretaría para realizar la matrícula. Me habían dicho que al terminar el curso la mitad de los novatos habrían abandonado, por lo que, para pasar el rato, intenté adivinar quiénes de mis compañeros allí presentes serían los supervivientes de la masacre. Mi primer saludo fue para una chica de pelo lacio con gafas y expresión de saberlo todo. Se llamaba Estela, me dijo, y tenía asignado el turno de tarde como yo. Nunca la volví a ver después de aquel día, seguramente porque consiguió un cambio de turno que yo no sabía que se podía pedir.

La siguiente conversación la mantuve con una de las secretarias, que me recalcó que tendría que memorizar rápido mi número de expediente y las claves de acceso al programa de matriculación porque no estaba dispuesta a volver a darme esa información.

*- Sois casi cuatrocientos nuevos - insistió - y pretenden que os matriculemos hoy a todos, tenéis que poner de vuestra parte.*

Abandoné el vestíbulo con un montón de formularios y preguntas sin resolver y atravesé una de las puertas que lo separaban del hall principal en busca de una pared llena de corchos donde debía localizar mi horario para el siguiente cuatrimestre. Acababan de explicarme que aunque lo llamaban cuatrimestre realmente duraba seis meses, por lo que hasta Semana Santa mi vida alternaría entre las matemáticas, los pinceles y un objeto llamado *paralex* que Estela había intentado describirme sin conseguir que yo supiera de qué me estaba hablando, aunque me quedó muy claro que era bastante caro.

De aquel hall luminoso me sorprendió la escalera imperial de tres tramos que dominaba el espacio; me pareció un desperdicio, ya que por ella subían y bajaban simples alumnos, no príncipes o condes, pero recordé que el edificio tenía más de setenta años, por lo que se construyó cuando los estudiantes universitarios eran pocos y merecedores de admiración y cuidados. Si no fuese porque junto a los pies de aquella magnífica escalera estaba la puerta de los aseos y apestaba, hubiese dicho que disfruté el momento de subir por primera vez por ella.

¿Cuántas veces me tropecé bajándola en los seis años siguientes que estuve estudiando allí? Imposible contarlas. Resultaba que las dimensiones de los peldaños de aquella escalera regia no eran los habituales y, por lo tanto, el cerebro no permitía bajar por ella de forma automática mientras se mantenía una conversación, por lo que o callabas o ibas al suelo. Creo que todos nos caímos de culo alguna vez y tras nosotros, caían los folios, pinturas, tubos de proyectos, maquetas...En esos momentos los compañeros, solidarios, rescataban en primer lugar tus maquetas o planos, conscientes de que la integridad de los trabajos era mucho más importante que la de uno mismo.

Aquel primer día recorrí los pasillos sin fin de aquel excepcional edificio, tomando nota mental de que desde la última fila de las enormes aulas no se veía bien la pizarra. Descubrí un fantástico jardín en la parte trasera, junto al campo de deporte, lleno de macizos de flores. No pocos besos me robaría meses después en aquel jardín el que luego fue mi marido. Descubrí un sótano lleno de laboratorios, con pasillos kilométricos llenos de taquillas metálicas y aulas de arte con caballetes enormes donde se almacenaban los cadáveres de los trabajos de otros años: láminas con dibujos que a mí me parecían dignas de ocupar el Prado habían sido abandonadas sobre el mobiliario sin pena alguna. No quería ni pensar en el nivel que exigirían en aquellas materias si los alumnos despreciaban lo que yo hubiese puesto para decorar mi habitación, no sabía cómo iba a explicarles a mis padres que acababa de darme cuenta de que no iba a ser capaz de dar la talla que aquellos muros exigían, que iban a tener que gastarse una fortuna en todo tipo de materiales para que yo pudiese jugar a ser universitaria y que muy probablemente yo iba a ser una de las desertoras del primer año.

El ambiente de aquel sótano se tornó agobiante de repente, y a duras penas conseguí salir al exterior por unas pequeñas escaleras, mucho más discretas que las que había visto antes. Fui a parar a un enorme cubo de cristal exento que parecía ser la cafetería. Esperando encontrarme hordas de alumnos jugando al mus, lo único que encontré fueron decenas de sillas blancas vacías entre las largas mesas y un camarero al fondo que parecía estar esperándome. Me acerqué a la barra para pedirle una botella de agua bien fría, pero me debió ver blanca como las estatuas de la entrada, porque decidió por su cuenta ponerme una Coca-Cola.

*-¿Una mañana difícil? - me preguntó - ¿Eres nueva?-*

Asentí levemente.

*-Penúltima mesa del lado izquierdo, pegada a la ventana - me dijo.*

Le miré sin comprender.

*-Tú hazme caso, ve allí - me hizo un gesto con la cabeza*

Me giré, comprobando que seguíamos solos. Salió de la barra para indicarme con la mano el camino. Me acerqué a la mesa indicada y me senté donde me había dicho mientras veía como se alejaba hacia la barra. Me sentía parte de una broma estúpida. Dejé el vaso con el refresco sobre el tablero blanco frente a mí.

Entonces lo vi escrito, grabado con la punta de un compás en la mesa, bajo mi vaso. Tuve que hacer muchos esfuerzos para leerlo bien pues apenas se veía.

*Hola, bienvenido o bienvenida, quédate.*

*Y aguanta.*

*Nada será como habías imaginado,  
como te habían dicho, como querías.*

*Tú vales*

*¿Tú quieres?*

*Tú puedes.*

*Esto será una carrera de fondo.*

*Llorarás lágrimas de tinta,  
y el insomnio estará acompañado de madera y pegamento.*

*Dejarás todo a un lado.*

*Pero merecerá la pena.*

*No estás solo, o sola.*

*Yo lo logré.*

*Todos nosotros lo hicimos.*

*Te espero aquí al terminar.*

Debajo del mensaje, había decenas de fechas y nombres grabados también con la punta del compás. Levanté la cabeza para buscar al camarero. Me había dejado sola. "Me quedo", le escribí en una servilleta, que dejé junto a una moneda y mi vaso vacío. Y me matriculé. Y mi nombre lo grabé el día que fui a recoger el título. Así fue.